

JOSE AUMENTE

Escritor



Felipe, o los falsos propósitos de enmienda

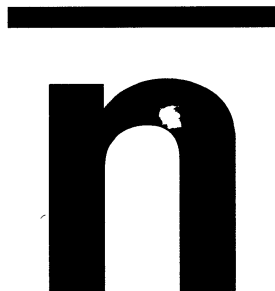
COMO es sabido, en la decisión de voto influyen muchas y muy diversas variables, difícilmente identificables, y mucho menos susceptibles de cuantificar. En una sociedad surcada por innumerables elementos de comunicación social —escritos, y sobre todo audiovisuales— que nos bombardean desde todos los ángulos y todas las frecuencias, resulta casi imposible separar el grano de la paja, conocer lo cierto de lo inventado, distinguir la verdad de lo manipulado. Las campañas electorales constituyen un tremendo ejercicio de encubrimiento y engaño, en el que falta el raciocinio frío y consciente sobre lo que conviene a nuestra sociedad y en definitiva al país.

Tan es así, que toda persona mínimamente crítica, y lo imprescindiblemente lúcida, me figuro que debe de sentir asco, náuseas, y una profunda repugnancia, cuando escucha las manifestaciones electoralistas de la mayoría de los políticos. Aunque por supuesto que en esta carrera de manipulaciones que pretenden ser seductoras, se lleva la palma el partido gobernante, y a su cabeza el inigualable comediante llamado Felipe González. No por azar lleva once años en el poder. Cuando se convocan elecciones sabe poner en juego todas sus habilidades de maniobrero, de embaucador de «caseta de feria» y, sobre todo, de «mentiroso» nato. Y esto no son descalificaciones, sino constatación de una realidad que, hasta que entre en vigor el nuevo Código Penal, aún me atrevo a escribir. De aquí que lo haga antes de que sea tarde: Felipe González ha demostrado con suficiente claridad su enorme capacidad seductora, dando la impresión siempre de que dice algo, responde a las preguntas, cuando en realidad las elude, y hasta «miente» descaradamente.

LA ENMIENDA Y EL MIEDO.— Por todos los indicios, la campaña electoral felipista se va a concentrar en dos pivotes fundamentales: uno, «propósito de enmienda», haciendo llegar a la opinión pública la idea de que a partir de ahora se van a regenerar, van a corregir abusos, despotismos y hasta corrupciones; y otro, introducir el miedo a «la derecha de siempre», que puede poner en peligro tanto pensiones como subvenciones, así como todo un conjunto de puestos de trabajo, de más o menos «libre disposición», que tan abundantemente han proliferado en los últimos años.

Ante tanta humildad y tantas excusas como el presidente está demostrando, las preguntas surgen inevitables: ¿por qué ha esperado tantos años para investigar la corrupción y tomar medidas efectivas? Hay que ser imbécil para pensar que porque el juez Garzón vaya en la lista por Madrid en el número 2, las condiciones van a cambiar. Por supuesto que no creo que el sr. Garzón sea tan ingenuo políticamente como para creerlo así. Desde que el sr. González se enteró por este periódico, EL MUNDO, del asunto Filesa —y van cerca de dos años— miró para otro lado, y, ¿no se le ocurrió indagar sobre la verdad o no del mis-

mo? Lo cual le hace tanto o más culpable, en cuanto si bien su partido era implicado en una financiación ilegal «institucionalizada», no lo era menos su Gobierno, al conceder «favores» a bancos y grandes empresas por unos no confesados «impuestos felipistas». Y esto se llama, sencillamente, *extorsión*. Me parece que este otro aspecto de tan sucio asunto es tanto más grave que el primero. Si la Administración pública concedía tales favores, ya que nadie da dinero gratuitamente, ésta es tan responsable o más que el propio partido. Luego había una estrecha interconexión entre ambos. Con la curiosa coincidencia de que Felipe González es al mismo tiempo secretario general del partido y presidente del Gobierno. Alegar ignorancia, y después sorpresa, aparte de que nadie se lo cree, no aminora en lo más mínimo su tremenda responsabilidad. Y esto no se amortigua, ni mucho menos se arregla, con introducir en las listas electorales a dos jueces y a una catedrática de Ética, por muy distinguidos que éstos sean. En mi modesta opinión, los tres han hecho «el canelo» por prestarse a



os jugamos bastante en las próximas elecciones. Por lo pronto, la posibilidad de librarnos de una camarilla que ha ocupado el poder como si fuera un botín

semejante juego.

El adelantamiento de las elecciones tuvo cuatro razones, bien señaladas por Luis Herrero en *La linterna* de la Cope: a) Eludir el «debate sobre el Estado de la Nación», de evidentes riesgos, y fijado para el 20 de abril. b) Dejar en suspenso algunos proyectos de ley bastante conflictivos, tales como la Ley de Huelga, el Código Penal, o la Ley de Arrendamientos, así como prolongar indefinidamente la modificación del Reglamento de las Cortes. c) Aplazar el asunto Filesa hasta después de las elecciones, al dejar de ser aforados Navarro y Sala. Y, d) suspender las disputas internas del partido, estrechando filas, ante el peligro electoral que se les venía encima. Hábil jugada que puso en marcha cuando ya se pusieron «las cosas negras».

Y ahora, en plena precampaña, su último ardid. En todas sus últimas apariciones públicas Felipe González reconoce sus errores, pide disculpas, y promete que a partir de ahora va a regenerar la vida política española. Pero su gran problema es el de la credibilidad. ¿Quiénes pueden confiar ahora? Ha tenido que recorrer un largo camino, desde los «infundios» y «calumnias» de la prensa que intentaba minar la estabilidad del sistema y de las instituciones democráticas, hasta verse hoy en los riesgos de perder unas elecciones, para apuntarse sin escrúpulos a los «propósitos de enmienda».

LO QUE SIGNIFICAN LAS ELECCIONES.— Nos jugamos, pues, bastantes posibilidades en las próximas elecciones. Por lo pronto, la posibilidad de librarnos, —despojar del poder—, de una camarilla que lo ha ocupado durante 11 años como si fuera un botín. Solamente pensar que los podríamos tener en prensa, radio y televisión durante otros cuatro años, produce una sensación de hartura y repugnancia. «Lo mismo de lo mismo», ya es demasiado. He de confesar que desde Felipe a Matilde, pasando por Guerra, Benegas, Corcuera, Solchaga, etc. me producen unas náuseas que amago a vomitar. Aunque reconozco que esto es visceral —peccata minuta— no lo es tanto desde el punto de vista intelectual, que nos ofrezcan ahora un manifiesto electoral que rezuma por todas partes lugares comunes, palabras desgastadas, verbalismo puro. A esta altura hablar de «progreso» y «progresista» y «modernización», «profundización de la democracia», es como no decir nada, y ganas de embaucar a incautos.

Posiblemente la gran baza que la democracia nos concede a los ciudadanos es la posibilidad de echar a los gobernantes que lo hicieron mal. Porque de *representativa* tiene muy poco —tras el voto, «sí te vi no me acuerdo», y máxime con los «cuneros» — y de *participativa* o *directa*, ni siquiera es contemplada en nuestra Constitución. Ya lo indicó Popper: la gran virtud de la democracia radica en que cuente con el máximo de facilidades para cambiar a los que nos gobiernan. Y Gabriel Albiac: «La lucha del ciudadano frente al poder omnímodo del Estado de final de siglo, sólo parece residir en una última y mínima trinchera: sabotear la eternización de los que mandan. Es decir, la posibilidad de echarlos». El argumento se fortalece cuando nos percatamos de que nuestra democracia, en todo caso, es *electiva* —elige a los gobernantes— y en muy escasa medida es *representativa*. Podríamos concretar: qué nos representa Griñán a los cordobeses, o Rosa Conde a los jienenses, y tantos otros cuneros como han aparecido y aparecen en las listas electorales.

Agarrémonos, pues, al voto de castigo, y no a falsos propósitos de enmienda, para intentar al menos cambiar el horizonte político de nuestro país. Todos los que no sean PSOE son «votos útiles» en este sentido.

CONTRA LA CONFUSION

Es preferible el error

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

EL progreso de las ciencias tiene demostrado que el error, antes que enemigo, es vecino inseparable de la verdad. Del error se puede llegar a ella mejor que desde la confusión. Sobre todo, si la confusión natural de la espontaneidad se refuerza con el dogma de la igualdad de valor de todas las opiniones, propio de las épocas desorientadas llamadas de transición, y con la confusión intencionada, propia de las ideas y de las prácticas dominantes en las eras socialistas.

El motivo de la confusión dogmática en el juicio moral ha sido su pertinaz pretensión de verdad. Incluso el escepticismo quiere ser una verdad absoluta del no saber. La humanidad no esperaba tanto de las disciplinas que la toman por objeto de sus saberes. Le habría bastado con que la ayudasen a situar los acontecimientos humanos bajo una perspectiva distante, para «describirlos» y conocerlos con un máximo de imparcialidad, y bajo un criterio cercano, para valorarlos y «normativizarlos» con un mínimo de justicia.

• • • • •

Pero estos objetivos son casi inalcanzables a causa de las anteojeras ideológicas que nos acompañan desde la cuna a la tumba. Las ideologías más tenebrosas, para la libertad de pensamiento, no son las formuladas como ideas universales, contra las que cabe prevenirse, sino las que, en forma de refranes, tópicos o valores culturales inconscientes, constituyen los preconceptos y prejuicios del pensamiento consciente y de la acción. Como no podemos ver y juzgar sin prejuicios, sólo debemos aspirar a tener los prejuicios buenos. Y el mejor, en materia de moralidad colectiva, es el prejuicio democrático. Porque, además de implicar la libertad y el respeto de los otros, tiende a juzgar el progreso moral por el grado de similitud de las condiciones sociales que favorecen el desarrollo de las individualidades.

En consecuencia, mis comentarios morales o políticos, sobre hechos lacerantes de la actualidad, tomarán una distancia sideral para verlos y describirlos. Como si estuvieran contados por un marciano ignorante de nuestros valores sociales. Y luego, se lanzarán hasta el corazón de las pasiones nativas, para juzgar y resolver, con prejuicio democrático, la cuestión que las agita. Sin miedo al error de juicio ni a las consecuencias de la verdad, mi libertad de expresión estará, sin embargo, coartada por las limitaciones ideológicas de mi pensamiento lingüístico, y por la repugnancia de rozar alguno de los tres vicios que han formado la opinión pública y la opinión del público durante la transición: la demagogia, la generalidad tópica y la confusión intencionada.

• • • • •

La «demagogia» apareció en el instante mismo en que se decidió sustituir el Estado de un partido por el Estado de varios partidos. Como este Estado es incompatible con la representación del elector y con la separación de poderes, tiene que identificar la ausente democracia con la omnipresente demagogia, es decir, con la igualdad cultural hacia abajo de los valores y saberes sociales. La mayoría, de votos o de opiniones, se convierte en criterio de verdad. En el Parlamento y en la televisión, la pasión igualitaria de la ignorancia compensa, con demagogia moral, la falta de democracia política.

La «generalidad tópica» es una consecuencia obligada del consenso. El acuerdo unánime de la clase gobernante, en una sociedad dividida y dominada por el conflicto, sólo puede ser alcanzado si no se abandona el terreno de las generalidades. Las leyes pactadas por consenso tienen que introducir la ambigüedad calculada para que todos puedan interpretarlas a su gusto. Así nace la degradación legislativa, el caos jurisprudencial y la judicialización de la política. La lucha de frases universales, al suplantar el contraste de opiniones particulares, esteriliza el compromiso moral o político frente a lo concreto.

La «confusión intencionada» responde a una doble necesidad social. La de explicar el presente sin referirse al pasado. Y la de justificar el poder sin apoyarse en algún tipo de coherencia ideológica o moral. El hecho de que el discurso presidencial triunfe por su estudiado confusioismo, no delata una simple habilidad de la mendacidad para la comunicación social en un país mediterráneo, sino la necesidad de la audiencia de sentirse identificada con la confusión, para poder vivir lo público sin necesidad de conciencia colectiva. El «felipismo» no es sólo una forma interesada de gobernar en provecho del grupo dominante, mediante la confusión particular, sino ante todo una forma de dominio de la confusión general, que encontró su mejor exponente en el «idiotismo» lingüístico y en el «ideotismo» cultural del presidente del Gobierno.